

El

*Universo*

M. R.

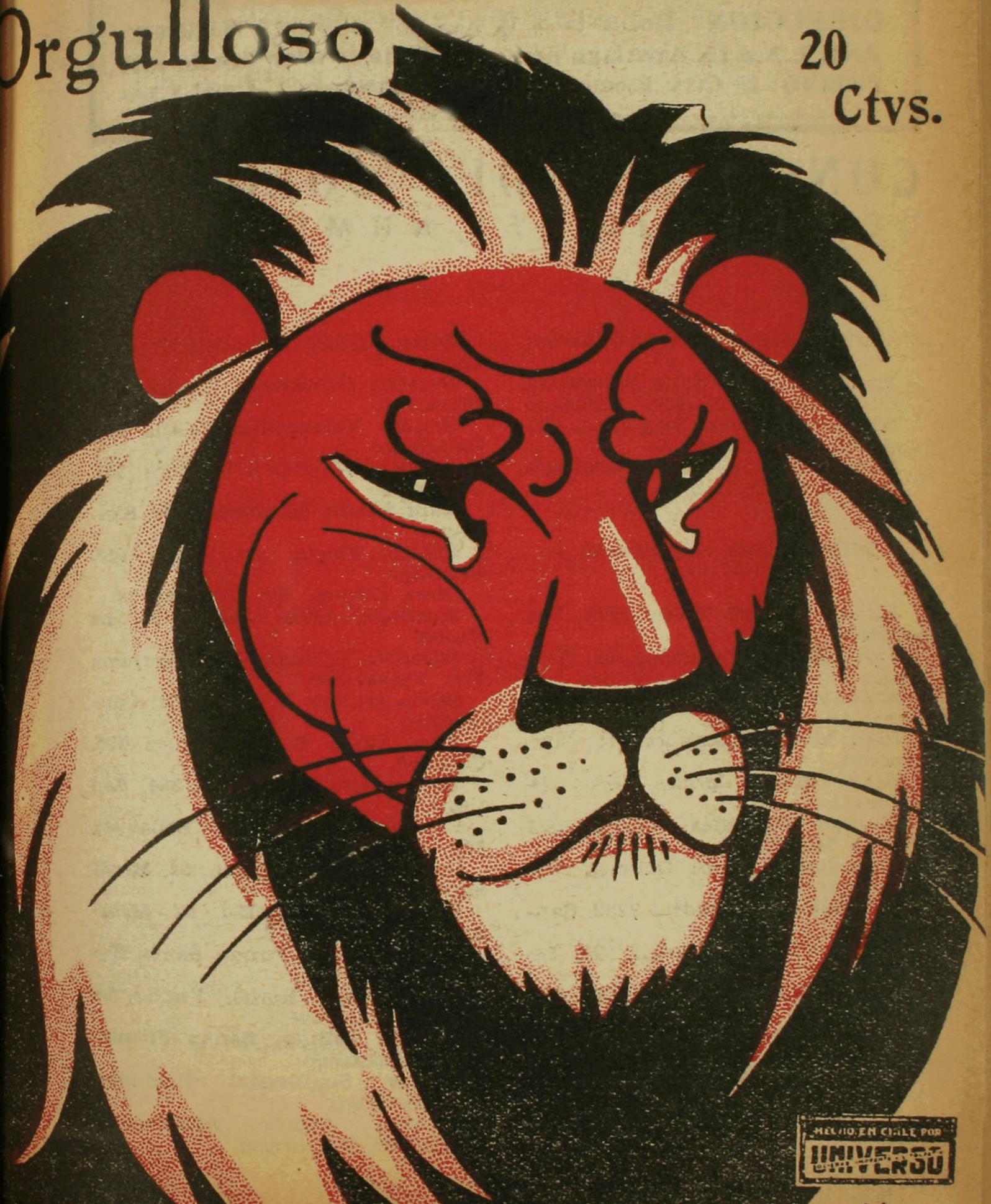
León

N.º 15

Orgullosos

20

Ctvs.



HECHO EN CHILE POR  
**UNIVERSO**

# mamita

M. P.  
Revista Semanal de Cuentos Infantiles

DIRECCION: Bellavista 069, Casilla 84-D. Santiago

AÑO I. N.º 15. Santiago de Chile, 25 de septiembre de 1931

PRECIO: 20 Cts. Ejemplar. — Subscripción anual \$ 9.—

## CONCURSO DE COLORIDO DEL DIBUJO DEL NUMERO 9 DE

# mamita

### NOMBRE DE LOS PREMIADOS

Primer premio: Nena Bruzzones,  
Vicuña Mackenna 898, Santiago.

Segundo premio: Tita Díaz, Bil-  
bao 481, Coquimbo.

Tercer premio: Ena Rodríguez,  
Casilla 413, Chillán.

### MENCIONES HONROSAS:

Ellana Crobaré, Colón 3023, Val-  
paraíso.

Juan Rojas, Cumming 60, San-  
tiago.

Antonio Camprrubí, Bío-Bío 577,  
Santiago.

René Mora, Chacabuco 315, Con-  
cepción.

Betty Laborde, Monte Alegre 374,  
Valparaíso.

Manuel Cárdenas, Casilla 321,  
Puerto Montt.

Raimundo Larraín, Delicias 1550,  
Santiago.

Tita Salcedo, Catedral 2232, San-  
tiago.

Nemesio Quiróz, Casilla 420, Te-  
muco.

Elena Annanía, Casilla 26, An-  
gol.

Armery Lorenzen, Casilla 1912,  
Santiago.

Luis Rodríguez, Pasaje Muñóz  
Gamero 24, Playa Ancha.

Germán Holzapfel, Casilla 88,  
Angol.

Betty Unwin, Bellavista 67, San-  
tiago.

Oswaldo Giovanetti, Curicó, Ro-  
meral.

Raquel Valenzuela, Casilla 224,  
Coquimbo.

Mónica Wilshaw, Teatinos 554,  
Santiago.

Raúl Simón, Miraflores 590, San-  
tiago.

Lilliana Devia, Av. Italia 913,  
Santiago.

Clara Duque, Av. Uruguay 78.  
Santiago Arias, Casilla 35, La  
Unión.

Albertito Canessa, Valderrama  
114, Valparaíso.

Silvia Muller, H. Salas 371, Con-  
cepción.

Flor Alicia G., Rodríguez 495,  
Copiapó.

Eliana Aguilar, Loreto 364, San-  
tiago.

Carmen Huerta C., Bellavista  
449, Santiago.

Germán Miranda, Esc. 52, Mesa-  
mávida.

Leticia Castillo, Esc. 52, Mesa-  
mávida.

Olga Garrido, Fundo Santa He-  
lena, Angol.

Marta Olga Rozas, Fundo La  
Tercera, Longaví.

Wilfred Billing, Santa Filome-  
na 95, Santiago.

Ylliana Sepúlveda, Bascuñán  
620, Santiago

Victoria Anelva, Almirante  
Montt 369, Valparaíso.



# El León Orgullosos



**H**ABIA una vez una Gansa joven que habitaba una isla preciosa. Una noche vió aparecer en sueños a un animal que se decía llamar Hombre y que la saludaba. Iba a responderle la Gansa, cuando le pareció escuchar a su madre que la aconsejaba:

—¡Cuidado! ¡Ten mucho cuidado! Desconfía del Hombre y de la dulzura de sus palabras, pues ocultan sus maldades. El Hombre es tan astuto que puede derribar desde lo más alto de los aires a las águilas con sólo arrojarles unos puñados de metal. Es tan pérfido que, débil y pequeño como es, vence al elefante y le

arranca los colmillos para hacer armas.  
¡Oh, pobre Gansa, huye de él!

Esta se despertó llena de espanto y huyó sin mirar atrás. Voló, voló hasta que las fuerzas le abandonaron. Había llegado al pie de una montaña y se refugió detrás de una roca. De repente, sintió que se movía algo frente a ella. Era un León joven y arrogante. Al verla, se extrañó mucho de su presencia y le preguntó:

—¿Cómo te llamas y de qué raza eres?

—Me llaman Gansa y soy de la raza de las aves.

—¿Y por qué estás tan temblorosa?

Le contó la Gansa su sueño y, llena de espanto, le rogó al León:

—A ti solo, Príncipe de los Animales, te corresponde la gloria de matar al Hombre. Así se acrecentará tu fama entre las criaturas del cielo, del agua y de la tierra, y nos libertarás a todas de ese monstruo.

Un caballo negro hermosísi-  
mo, altivo y reluciente...



Salió entonces el León de la caverna, seguido de la Gansa. El avanzaba arrogante, haciendo restallar la cola sobre el lomo. La Gansita apenas si podía seguir sus pasos. Hasta que vieron a lo lejos una gran polvareda. Al disiparse, apareció un caballo negro, hermoso, altivo y reluciente. El León, encantado de su elegancia, le dijo:

—¿Quién eres, hermoso animal? ¿Por qué corres de ese modo?

—¡Oh, Príncipe de los Animales! Soy un Caballo, y huyo para evitar la proximidad del Hombre.

Al oír estas palabras, el León se asombró inmensamente y dijo:

—¡Qué vergüenza que tengas miedo a ese Animal-Hombre, siendo fuerte como eres! ¡Mírame! No soy tan grande como tú, y, sin embargo, he prometido a esta señorita Gansa librarla para siempre de

sus terrores, matando al Animal-Hombre y devorándolo por completo.

Al oír estas palabras, el Caballo lo miró con una sonrisa triste y le repuso:

—Arroja lejos de ti esos pensamientos, ¡Príncipe de la Selva! y no te hagas ilusiones acerca de mi fuerza, de mi alzada y mi velocidad, pues todo eso es insignificante al lado de la astucia de ese Hombre. Cuando logra cogermé, me pone en las patas trabazones de cáñamo o de cuero, me ata por la cabeza a un poste; me coloca sobre el lomo una cosa que llaman silla, me oprime el vientre con unas cinchas muy duras que me mortifican mucho y me mete en la boca un pedazo de acero, del cual tira con unas correas con las que me dirige por donde le place. Y montado en mis lomos, me pincha y me perfora los costados con las puntas de unas espuelas.

Entonces, el joven León, muy emocio-

nado con lo que acababa de oír, dijo al Caballo:

—Veo que es urgente librar a la Tierra de ese terrible monstruo. Di, amigo mío, ¿dónde y cuándo lo viste la última vez?

—Huí de él a medio día. Y ahora me persigue, corriendo tras de mí.

Apenas acababa de decir estas palabras, se alzó una gran polvareda que le inspiró un terror inmenso, y, sin darse tiempo para disculparse, huyó a todo galope. Los otros animales vieron venir hacia ellos, a trote largo, un Camello muy asustado que llegaba alargando el cuello y mugiendo desesperadamente.

Al verlo tan grande y desmesurado, el León se figuró que ese sería el Animal-Hombre, y, sin consultar a la Gansa, se arrojó contra el Camello e iba a dar un salto y estrangularlo, cuando ésta le gritó a toda voz:

---

—¡Príncipe de la Selva! Detente. No es el Animal-Hombre, sino una inofensiva criatura y, seguramente, viene huyendo del monstruo.

Así era, en efecto, y cuando el León le rogó que le expusiera sus quejas, el Camello habló de esta manera:

—Mira las ventanas de mi nariz. Todavía están agujereadas y partidas por el anillo que me puso ese Animal-Hombre para domarme y dirigirme. ¡Mira mi lomo! ¡Todavía conserva las heridas causadas por los fardos con que me carga desde hace siglos! ¡Mira mis patas! Están callosas y molidas por las largas carreras y los forzados viajes a través de la arena y de las piedras del desierto.

Oídas estas palabras, el joven León sintió un furor sin límites, y rugió y arañó el suelo con las garras.



Se arrojó contra el Camello e iba a dar un salto y estrangularlo, cuando...

—¡Dime inmediatamente dónde está ese Hombre!—ordenó al Camello.

—Viene buscándome y no tardará en presentarse. Así, pues, ¡oh Príncipe de la Selva!, permíteme que huya lo más lejos posible.

Apenas había desaparecido el Camello y el joven León y la Gansa iban a seguir su camino, cuando apareció un vejete de aspecto muy débil y de piel arrugada, llevando auestas un canasto con herramientas de carpintero y en la cabeza unas ocho tablas grandes.

Al verle, a la Gansa se le entró el habla y cayó desmayada, sin tener tiempo de avisar del peligro a su bravo defensor. En cambio, el León, muy divertido con el aspecto de ese viejecillo tan raro, se le acercó para examinarlo más de cerca. El carpintero, entonces, se hincó delante de él y

le dijo sonriendo y con el acento más humilde:

—¡Príncipe de la Selva! ¡Protégeme y ayúdame contra un gran enemigo!

—¿Quién te persigue y quién eres?

—¡Oh, Señor de los Animales! Pertenecesco a la raza de los carpinteros y mi tirano es el Hombre. ¡Ah, señor León, que Dios te preserve de caer en sus manos! ¡Todos los días, desde que amanece, me hace trabajar para su provecho y nunca me paga!

Al oírlo, el León sintió acrecentar su furor; rugió, brincó, echó espuma por el hocico y los ojos le lanzaban chispas.

—¿Dónde está ese Hombre?—decía—. Quiero triturarlo con mis colmillos y vengar a todas sus víctimas.

—No tardará en llegar, pues me viene persiguiendo, enfurecido por no tener quien le construya casas.

---

—Y tú, animal carpintero, que andas a pasos tan cortos y que vas tan inseguro sobre tus dos patas, ¿hacia dónde vas?

—Voy a buscar al Primer Ministro de tu padre, Príncipe de la Selva, al Señor Leopardo, que me ha llamado para que le construya una cabaña sólida en que pueda defenderse contra los ataques del Hombre. ¡Por eso me ves cargado con estas tablas y estas herramientas!

—¡Por vida mía—respondió el joven León—que es mucha petulancia del Primer Ministro edificarse él una cabaña, antes que mi padre! ¡Vas a detenerte aquí, levantando para mí esa cabaña!

El Carpintero, haciendo como que se marchaba, repuso:

—¡Oh, Príncipe hermoso! ¡Prometo volver en cuanto acabe la casa del Señor Ministro, porque temo mucho sus iras!

Pero el León no quiso hacerle caso y

hasta se enfureció y se arrojó sobre el Carpintero para asustarle, y, a manera de broma, le apoyó una pata en el pecho. Y sólo con aquella caricia, el vejete perdió el equilibrio y fué al suelo con tablas y herramientas. El León se echó a reír viendo el terror y la facha aturdida de aquel pobre ser, y aunque éste se sentía muy mortificado, lo disimuló.

Tomó, pues, las medidas del León en todas direcciones y en pocos instantes construyó un cajón sólidamente armado, al cual sólo dejó una abertura angosta. Clavó en el interior grandes clavos cuya punta estaba vuelta hacia dentro, de adelante hacia atrás. Hecho esto, invitó respetuosamente al León a tomar posesión de su propiedad. El León vaciló al principio, y dijo:

—La verdad es que esto me parece muy estrecho y no sé cómo penetrar ahí.

El viejecillo, muy humildemente al parecer, le contestó:

—Bájate y entra arrastrándote, pues una vez dentro te encontrarás muy a gusto.

El León se agachó y deslizó su cuerpo flexible en el interior, sin dejar fuera más que la cola. El viejo se apresuró a enrollarle la cola y meterla rápidamente en el cajón y en un abrir y cerrar de ojos tapó la abertura y la clavó con solidez.

Entonces el León intentó moverse y retroceder, pero las puntas aceradas de los clavos le penetraban en la carne y le pincharon por todos lados. Se puso a rugir de dolor y exclamó:

—¡Oh, Carpintero! ¿Qué casa es ésta que has construído tan angosta, y estas puntas que me hieren cruelmente?

Rió el Hombre a carcajadas:

—¿No me hallabas tan viejo, tan feo

En pocos instantes construyó un cajón sólidamente armado...



Adelante

y tan endeble? ¡Ya ves tú cómo yo, el Animal-Hombre, he podido vencerte y encarcelarte! Y ahora te llevaré a un circo, donde tengas que trabajar para el hombre y donde te enseñaré a hacer pruebas y gracias para divertir a los chicos. ¡Tu petulancia y tu orgullo te han perdido, joven León!

Y así fué cómo el Hombre venció con su astucia y su inteligencia al más grande y fiero de los animales.

**C U P O N**

*mamita*

CONCURSO DE PASCUA

N.º 4

Una serie de 5 cupones  
dará derecho a 1 número.

**EL CANJE DE CUPONES**

comenzará el 1.º de octubre próximo. ¡Empiece a juntarlos desde ahora!

**Concurso de  
Mapas Mudos de**

*mamita*

Obsequiamos 10 BOLETOS para el Sorteo de Navidad a cada niño que se haga acreedor a un primer premio en nuestros concursos semanales, 7 al que obtenga un segundo premio, 5 al que merezca un tercer premio y 3 a los que obtengan menciones honrosas.

# Diamante Negro



**E**RASE una yegüita retinta, con un lucero blanco en la frente. Tenía la crin como azabache, y negros también eran su cola y sus cascos; pero, a causa de la mancha blanca que lucía en la frente, llamábanla Diamante.

Vivía en los valles del sur de Chile y era su dueño un comerciante de frutos del país. Arrastraba su carretela amarilla, de ruedas rojas, por los verdes senderos y empinados caminos de aquellos valles circundados de cerros, transportando sacos de harina y de cebada desde el molino al almacén, y sacos de granos desde el almacén a las casas de las haciendas. Eran mu-

chos los que la conocían y los chicuelos de la vecindad jugaban con frecuencia a hacer las veces de Diamante. Solían correr de un lado para otro, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los hombros echados hacia adelante, tirando de las riendas de juguete que el figurado cochero mantenía bien tirantes, gritando:

—¡Arre, Diamante! ¡Quieta, Diamante!

Y después permanecían parados un rato, figurando que cargaban la carretela, y entretanto el muchacho que hacía de Diamante movía sin cesar la cabeza de un lado para otro, y golpeaba con ambos pies el suelo, dando muestras de impaciencia, lo mismo que la yegua.

Pero un día crudo de invierno, el animal resbaló sobre el lodo, al descender una cuesta, y cayó con gran estrépito y dolor en medio del camino. Sus hermosas guar-

---

niciones con su brillante pechera de cuero y sus clavos refulgentes saltaron como tenues hebras de hilo; el cochero recibió un fuerte golpe en la frente, y quedó sin conocimiento en el suelo; la pobre Diamante, con las rodillas ensangrentadas y el lindo y aterciopelado hocico arañado, pugnaba por levantarse, relinchando y dando coces, tendida sobre el duro piso, mientras una de las varas rotas del carro se le clavaba en el costado.

Fué preciso mandar a Diamante a los potreros para que se repusiera.

—Es menester que descanse un par de años por lo menos—dijo el comerciante.

Y a Diamante se la llevó a potrero.

Dos o tres meses llevaba de vida grata y descansada, cuando un día acercóse a ella su dueño acompañado de un extraño. Estuviéronla mirando detenidamente, le golpearon los lomos, probaron la resis-

tencia de sus piernas, pasáronle la mano por los ijares, examináronle los cascos y se marcharon hablando de dinero.

Se preguntaba Diamante qué iría a pasar; pero no tardó en saberlo. Al día si-

Arrastraba su  
carretela amari-  
lla, de ruedas  
rojas por los  
verdes senderos  
y empinados ca-  
minos...



---

guiente volvieron los dos hombres; colocáronle una cabezada, y del cabestro sacáronla del prado. Un coche esperaba en el camino y a él subió el desconocido, llevando de la mano el ronzal de la yegua.

—Es una buena yegua—dijo el patrón—, y siento mucho perderla.

—A mí me prestará buenos servicios—dijo el otro.

E hizo partir el coche a trote largo sin dejar el ronzal de Diamante, que, sumisa, siguió tras el vehículo.

Llegaron a una ciudad negra y fea, cruzada por máquinas y vagones sobre líneas que parecían surcos sobre un campo labrado, y vió Diamante después montones de carbón y grandes diques de piedra y hombres con el rostro y los vestidos tiznados que iban constantemente de un lado para otro.

La llevaron a un lugar que parecía un

---

cobertizo, donde se aproximaron otros tres más, quienes la examinaron y le tiraron las orejas. Los hombres tiznados mirábanla al pasar y uno de ellos le dijo:

—¡Contempla por última vez el sol, pobre animal!

Unos se reían al pasar; otros, al contrario, parecían pensativos y tristes y pasaban sin decir una palabra.

Después vendáronle los ojos y sintió que alguien le pasaba la mano con cariño por el lomo.

—¡Vamos, vieja!—le dijo una voz.

Y notó que tiraban del cabestro. Ella echó a andar nerviosa, tanteando el camino y husmeando con desconfianza. De repente pisaron sus pies sobre madera y se hizo a un lado.

—¡De frente, vieja, de frente!—gritaronle.

El que conducía tiróle con violencia

del ronzal. Diamante avanzó dos o tres pasos, husmeando temblorosa.

—¡Ya!—gritáronle las voces.

La yegua se detuvo.

Sintió cerrarse con estrépito detrás de ella una pesada puerta, y saltó hacia un lado, agachando las patas traseras y ocultando, acorbadada, la cola entre las piernas. El hombre que la sostenía acaricióla con la mano y dijo en voz alta:

—¡Listos! Ya podéis soltar.

Hubo una corta pausa, oyóse luego el ruido de una cadena, y Diamante se sintió descender a través de la tierra. Continuó largo tiempo su descenso, muerta de terror, mientras se bañaban en abundante sudor sus palpitantes costados.

—Ya llegamos, Diamante—dijo la voz del mismo hombre, que le pasaba la mano por el cuello y el hocico.

Cuando le quitaron la venda de los

ojos, encontróse sumida en un mundo de tinieblas, donde no había cielo ni hierba. Sus ojos no veían nada, y apenas si le era dado respirar.

Cuando se acostumbró a la obscuridad, vió que se hallaba en un túnel donde todo era negro y que allá en lontananza se distinguía la luz de un farol.

Diamante recobró algún valor cuando vió otro caballo arrastrando una vagoneta llena de carbón, por uno de los túneles; y se tranquilizó por completo al llegar a la cuadra y encontrarse con otros tres compañeros que la saludaron con un relincho.

Diéronle a comer grano, pero ella, que extrañaba el pesebre, no lo quiso probar. Diéronle entonces un poco de pasto, que también rechazó.

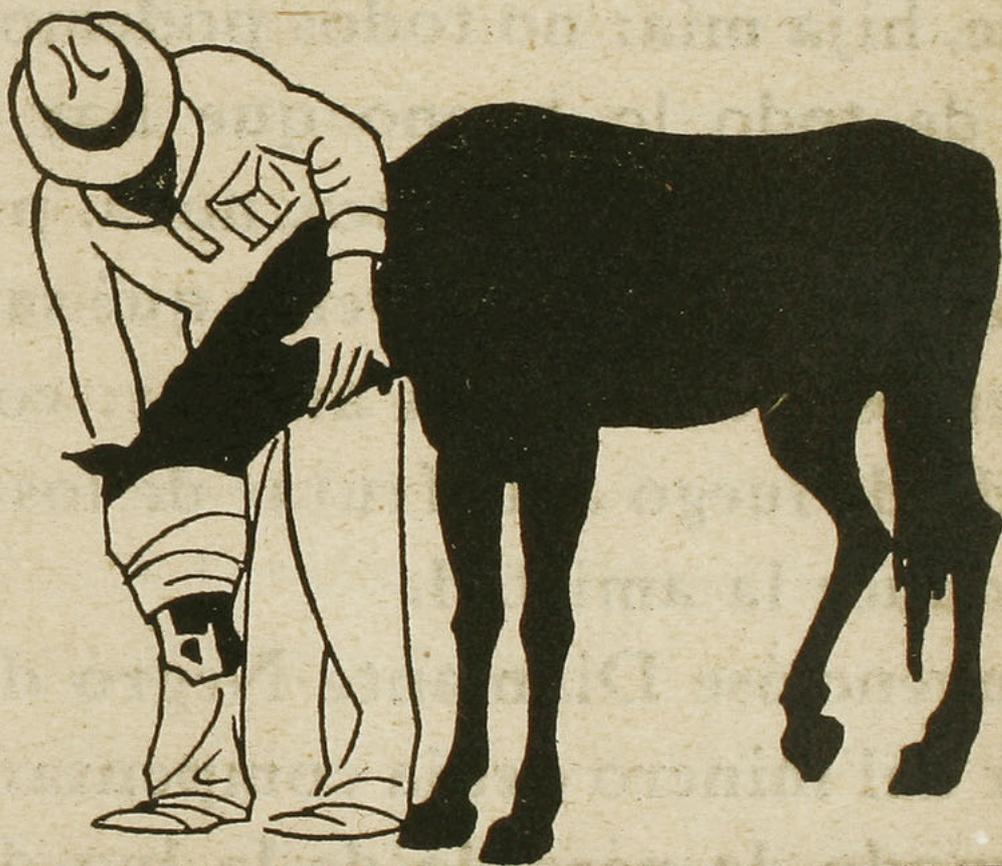
Entonces le dijo el hombre.

—Diamante, hija mía, el hombre y el

caballo tienen que acostumbrarse a todo.

Y comenzó a pasarle un cepillo por el pelo, diciéndole al mismo tiempo:

—Llevo aquí la friolera de treinta y siete años, y no he manejado un caballo que no me haya tomado cariño. Tú también me querrás. Voy a empezar por cam-



Vendáronle los ojos y sintió que alguien le pasaba la mano con cariño por el lomo...

---

biarte un poco el nombre, llamándote Diamante Negro, ya que hasta el fin de tus días tendrás que tratar de continuo con esta clase de diamantes. Cierto que aquí no hay mucho aire, que la obscuridad pone a prueba nuestra vista, y que no existen ni pájaros ni árboles, ni hierba, ni cielo, ni ríos, ni niños. Pero hay que resignarse, hija mía; no todos podemos disfrutar de todo lo bueno que hay en el mundo. ¿No lo crees? Pues, mira, prueba esta avena de mi mano y verás qué sabrosa es. Seremos muy buenos amigos; comencemos desde luego a disfrutar de los goces que produce la amistad.

Convencióse Diamante Negro de que el amor del minero debía compensarle, en cierto modo, la pérdida de la luz del sol y del aire embalsamado de los campos, y a él se entregó por completo. Dedicóse a

arrastrar las vagonetas de carbón a lo largo de las galerías, y apenas se dió cuenta de que, insensiblemente, se iba quedando ciega. Guillermo le traía manzanas y zanahorias en los bolsillos de la chaqueta; todos los mineros la mimaban y pronto fué la favorita de los demás caballos del establo.

—Verdad es que el pozo de una mina no es una residencia muy agradable—solía decirse Diamante Negro—pero el cariño todo lo hace llevadero. ¡Parece increíble que tenga tanto poder!

Trabajaba con ahinco, dormía a pierna suelta, y comía con apetito, pero poco a poco quedábase ciega.

Por fin dió a luz un potrillo, al que pusieron el nombre de Diamantito, y Diamante Negro consideróse feliz y refería a su negro hijito maravillosas historias del mundo que existía sobre la

mina. Aún conservaba la vista necesaria para ver a través de sus marchitos ojos a su pequeño vástago, a quien lamía solícita con maternal amor.

—Me complace escuchar esas historias —decía Diamantito—, pero no creo que sean ciertas. Esos son cuentos de hadas. ¿Verdad, madre?

Y andando los años, hasta la misma yegua llegó a creer que la verde tierra, en la cual había pasado días tan deliciosos, era sólo un ensueño.

#### INSTRUCCIONES A LOS CONCURSANTES EN LOS MAPAS-MUDOS.

Coloque con tinta negra los nombres más importantes. Marque las ciudades con un punto y póngales su nombre. Dibuje con tinta o lápiz azul obscuro el curso de los ríos. Delinee las montañas con tinta o lápiz café obscuro. (Puede usar acuarela, si gusta).

Los colores convencionales usados en todos los mapas son: azul para las aguas; verde para las llanuras y café para las tierras altas y montañas.

Trace con línea quebrada el límite de los departamentos en las provincias que tienen más de uno.





Costumbres  
Coloniales:  
El Regalo.

**ALIMENTO  
MEYER  
ES EL MEJOR**

M. R. A base: Harina calcinada, cacao seleccionado desgrasado, fosfatos, azúcar, etc.